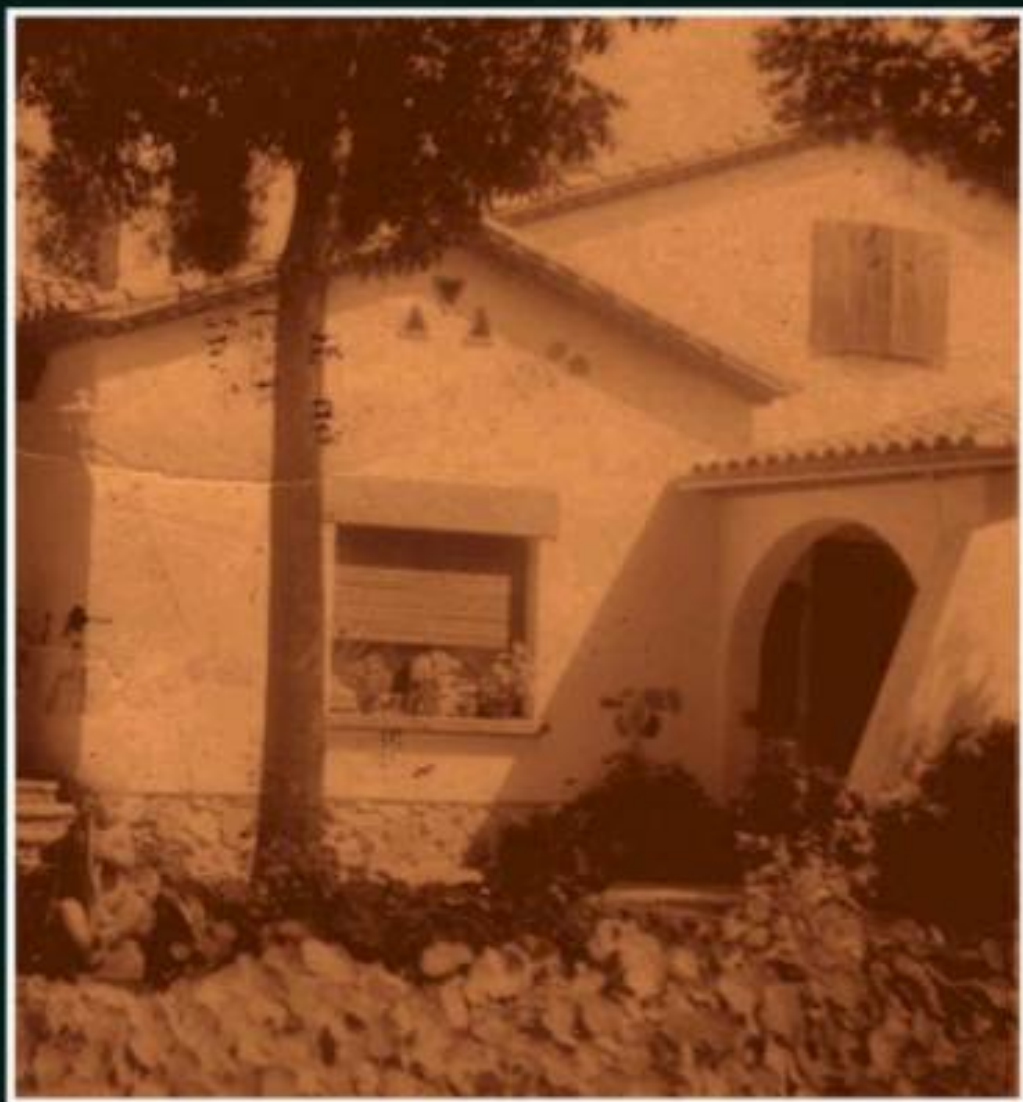


Daniel Argila

Como las manos  
de un niño



**Como las manos de un niño**  
**Daniel Argila**

Como las manos de un niño

Daniel Argila

1ª edición 2014

Barcelona

Todos los derechos reservados

Nº reg. 02/2013/850

ISBN: 978-84-616-9360-3

*Al principio me cuesta mucho situarme. Lo primero que noto es frío. Mucho frío. No es normal el ambiente gélido en el que me encuentro. Después viene el pánico. Estoy estirada en una especie de cama alta o mesa de madera, fina y suave, y tengo las manos y los pies atados con correas. Mantengo los ojos abiertos, y no veo más que sombras: una cinta o pañuelo me tapa la visión. Además me noto desnuda y, al intentar gritar, no sale más que un sordo sonido de mi boca. Estoy amordazada, lo que acaba por confirmar mi situación.*

*Mi instinto de supervivencia me empuja a moverme de forma compulsiva, pero al hacerlo las correas se tensan aún más, provocándome dolor, un escozor profundo en la piel, como si alguien me la estuviera arrancando.*

*Cuando me doy cuenta de que no tengo escapatoria, empiezo a mover la cabeza de un lado a otro, desesperada, en un gesto de impotencia, de incredulidad, de desesperación.*

*Estoy aterrorizada.*

## EL SUCESO

Salió del supermercado arrastrando el carro de la compra y se dirigió al amplio parking a por su furgoneta, caminando sin dejar de sonreír. Se sentía sumamente feliz, como hacía meses que no lo estaba.

Iba vestido con su grueso abrigo, para combatir el crudo invierno por el que estaba pasando el país. Se paró y miró al cielo. Amenazaba un cambio de tiempo, con espesos nubarrones acercándose por el horizonte. Le gustaba que estuviese despejado, sin cables telefónicos, ni postes de electricidad. Bien limpio y bien azul, con las nubes pasando y formando caprichosas formas. Le gustaba la Naturaleza cuando la encontraba en su estado más puro, sin alteraciones. Como la carretera a la salida de la urbanización, con los árboles alienados bordeando el camino y el terreno bien limpio, sin bolsas ni paquetes de tabaco. Incluso alguna vez había parado el coche y recogido algún papel o plástico de la cuneta. "Maldita gente sucia", se decía entonces.

Al entrar en su coche inspiró con fuerza y expiró lentamente, ahora con los ojos cerrados. Tenía ganas de llegar a casa.

Mientras conducía pensaba en la excitante tarde de ayer y lo bien que había salido todo. Era como ir a cazar, una de las aficiones de su padre. Hay que estudiar el terreno, con precaución, buscando la parte del prado ideal para conseguir un buen resultado. Entonces te sitúas y esperas. Hace falta mucha paciencia y observación, ya que si te precipitas, todo puede salir mal. De repente, encuentras el mejor momento, y todas esas horas han valido la pena. Te retiras, con tu trofeo bien merecido.

Y ahora él tenía su presa, de su propiedad, guardada en lugar seguro. Para saborearla lentamente, degustarla, acari-

ciarla y paladearla con calma, como un exquisito manjar.  
Una vez más.

*Después de tanto esfuerzo, me quedo medio dormida. No sé cuánto tiempo ha pasado, pero una señal proveniente del exterior me despierta.*

*Son unos neumáticos pisando el terreno, como de grava. Después, el sonido de un coche al frenar.*

*Los nervios me empujan a moverme de nuevo de forma compulsiva, haciéndome daño otra vez con las correas, y hacen que mantenga los ojos muy abiertos, aunque sigo sin ver nada. Estoy sudando, pese al frío tan intenso de la habitación. Escucho la puerta del coche como se cierra, y los pasos de una persona. "Sólo es uno", deduzco. Un solo portazo y los pasos de un solo individuo.*

*Tengo la mente bloqueada y únicamente pienso en mi futuro más inmediato: qué va a pasar ahora.*

*No quiero morir. No quiero sufrir.*

*Noto como esa persona camina por encima de la habitación, más allá del techo, y me llega un silbido entonando una canción. Me encuentro en un sótano. También escucho crujidos a cada paso que suenan como a suelo de madera. Después, ruidos propios del trajinar en una cocina: un grifo que se abre, un armario que se cierra. La persona sube unas escaleras, también de madera, y desaparece durante unos minutos, para volver a bajar de nuevo. Sigo atentamente el chirrido de las pisadas, a la expectativa, con el corazón encogido.*

*Sale de la habitación en la que está, justo encima de mi cabeza, y se para unos segundos. Después me llega el quejido de un puerta al abrirse, muy cercana, en la misma sala en la que me encuentro, y unos pasos que bajan unos escalones, con movimientos lentos y cuidadosos. En ese momento me llega su perfume.*



*Es una fragancia para hombre, dulce y penetrante, y cada vez está más cerca, invadiendo el aire que se encuentra a mi alrededor. Finalmente siento su respiración y el olor a menta que exhala su aliento. Estoy petrificada. Me he quedado totalmente inmóvil, aparte de los pequeños e involuntarios movimientos de mi cuerpo que reaccionan ante el terror que siento.*

*El hombre pasa una mano sobre mi cabeza, de forma suave, acariciándome el pelo. No dice nada. Sólo me toca, con delicadeza, como una madre acaricia a su hijo cuando está enfermo. Unas manos que dicen que no me preocupe, que no me va a ocurrir nada malo, suaves, sin defectos ni rugosidades, como las de un niño. Después me acaricia la cara, también con mucha ternura. Aunque no hay ni un movimiento brusco, ni precipitado, estoy extremadamente tensa, a la expectativa, con las muñecas y tobillos al rojo vivo, y tan rígida que parece que me voy a romper.*

*Las manos pasan por los brazos, lentamente. Después se deslizan por el pecho y con las yemas rozan los senos, sin pararse en ellos, desplazándose hacia el ombligo. Noto como se toma su tiempo con la exploración, disfrutando con cada uno de sus movimientos, sin ninguna prisa. Roza el pelo del pubis y baja por una pierna, acariciándome los lados, y luego por la otra. Y percibo como me huele, como inspira con fuerza, acercando su cara a las partes que acaricia.*

*Cuando acaba de explorarme, me da un beso en la frente. Se queda de pie a mi lado, mirándome en silencio, respirando profundamente. Al cabo de un rato se aparta y vuelve a subir las escaleras.*

Llegó a la oficina silbando y sonriente. Se había puesto una camisa azul celeste, comprada hacía poco, y uno de sus trajes preferidos, de color gris oscuro. Estaba contento y no podía evitar demostrarlo.

—Te veo muy alegre esta mañana —saludó Sara, la simpática recepcionista de la inmobiliaria CasaNueva —y eso que es lunes, hace un frío horroroso y está lloviendo.

—Bueno, que llueva ya es está bien, así limpia el ambiente. Eso me hace feliz, cariño —contestó él, haciéndole un guiño al pasar, mientras se desabrochaba el abrigo y se quitaba el gorro de lana.

Cuando se sentó a su mesa, pensó en lo desagradable que le parecía Sara. Tenía muy buena relación porque debía guardar las apariencias y le convenía mantener un buen ambiente en la oficina, pero le disgustaba todo lo relacionado con su persona. Le sobraban unos cuantos kilos y parecía que a ella no le importaba. No entendía como una mujer podía llevar su gordura sin preocuparle lo más mínimo. A él le gustaban las mujeres esbeltas y con cintura, como tenía que ser. Además, tenía muy mal gusto en el vestir, siempre con amplios vestidos floreados y grandes pendientes que colgaban de sus enormes orejas. Desde luego, nunca disfrutaría teniéndola a su lado. Nunca sería una buena presa para él.

María pasó por su mesa y se quedó plantada mirándolo con curiosidad. Tenía una mano apoyada en la cintura y los labios ligeramente curvados hacia arriba, formando una ligera sonrisa.

—Tenemos reunión en diez minutos. Trae los resultados del mes pasado, los repasaremos. Yo también traeré los míos, a ver quien se lleva la palma este mes.

Él no pudo evitar repasarla de arriba abajo. Le contestó con un movimiento de cabeza y le guiñó un ojo. “Esto es otra cosa”, pensó. A su parecer, María sí que vestía bien, siempre con trajes chaqueta de tonos serios y bien conjuntados con blusas blancas. Además, no solía llevar demasiadas joyas y tenía una buena figura, aunque le faltaba un poco de estatura. Le atraía como se movía, con pasos seguros y sensuales, y le gustaba como llevaba su moreno pelo recogido con un pasador y los ojos pintados lo justo para que no se notara.

Y a la vez sentía rabia hacia ella, por su actitud y su forma de tratarlo. Y por lo guapa que era. Su aire de suficiencia y prepotencia, y la costumbre de lanzarle comentarios que lo dejaban en evidencia, lo sacaba de quicio. A veces, simplemente no podía soportarla.

Encendió el ordenador, colocó los bolígrafos del cubilete con el tapón hacia abajo, y con las palmas de las manos rectificó los expedientes situados encima de la mesa de tal forma que no sobresaliese ninguna esquina y formasen un bloque ordenado. Hizo un resumen de las ventas del mes anterior y se dirigió a la sala de juntas.



El Sargento Alex Doras estaba a punto de salir a tomar el primer café de la semana cuando vio, desde su despacho, a lo lejos, como una pareja de mediana edad entraba en la división y hablaba con uno de los agentes, que al momento se giró y señaló directamente hacia él. Enseguida se dio cuenta de que algo grave les pasaba. Hablaban con nerviosismo y sus caras expresaban preocupación. No tenía ninguna duda de que en recepción les habían dicho que hablasen directamente con él, por lo que el café quedaría aplazando para más tarde.

Después de las presentaciones, hizo pasar a los Sres. Abrera a la sala de reuniones, donde les tomó declaración.

Los Sres. Abrera empezaron a preocuparse el mismo viernes, cuando Ana no apareció por casa. Era cierto que en vísperas de fin de semana su hija no tenía porqué pasar la noche con sus padres, pero era el día que los visitaba y no era normal en ella no llamar para avisar. El móvil había estado desconectado desde entonces.

Al principio la Sra. Abrera pensó que se trataba de un simple retraso, por lo que dejó su cena apartada para cuando llegase. Después, cuando Ana no dio señales de vida, la cena dejó de tener importancia y su centro de atención pasó a ser exclusivamente el teléfono.

Por la mañana, los Sres. Abrera volvieron a llamar sin obtener respuesta.

Ya muy preocupados e intranquilos, decidieron bajar a la ciudad y acercarse a la casa de su hija a ver qué pasaba.

Llamaron al timbre y, al no obtener respuesta, abrieron con su propia llave. Era sábado y no era normal no tener noticias.

La casa estaba en orden, como siempre. La cocina estaba en perfecto estado, sin platos ni vasos sucios. En el escurridero había una taza y un plato, seguramente del último desayuno. El dormitorio tenía la cama hecha y el lavabo también estaba con todo en su sitio. Lo único que faltaba era su hija.

Después habían llamado a la policía desde el mismo teléfono del piso. Desde uno de los departamentos de guardia les recomendaron que esperasen hasta el lunes, y si su hija no aparecía, se dirigiesen a comisaría a denunciar la desaparición. La persona que los atendió utilizó palabras tranquilizadoras, como que lo más probable era que en cualquier momento su hija daría señales de vida. Ocurría así la mayoría de las veces.

Pero los Sres. Abrera lo dudaban. Sabían que Ana no desaparecía así por así, sin avisar. Era la primera vez que lo hacía, y no era normal.

Estaban convencidos de que algo le había pasado.

El Sargento Doras era quien llevaba la Unidad de Investigación de los Mossos d'Esquadra de Badalona. Estaba especializado en desapariciones y desde el primer momento dio importancia al posible caso de su hija. Por lo que habían dicho, era una joven bien parecida y ordenada, cumplía con sus compromisos y tenía un trabajo estable, al que no había acudido esa misma mañana. No había precedentes de haber marchado de viaje sin avisar y no tenía pareja en la actualidad. Además, la habían encontrado a faltar desde el viernes, y ya habían pasado 48 horas. Por desgracia, tenía todos los puntos de ser una desaparición en toda regla, aunque no podía exponerlo con tanta claridad.

—Ustedes no se preocupen —intentó tranquilizarlos con la frase estándar. Era un tópico en sus primeras reuniones con los afectados de una desaparición, pero sabía por experiencia que muchos casos acababan así—, la mayoría de veces hay una explicación lógica en la que no se ha pensado y la persona aparece en unos días.

—Pero aquí no hay explicación posible —insistió el Sr. Abrera, con expresión de angustia en la cara—. No entendemos por qué no nos llama.

—Haremos una investigación preliminar hoy mismo y después empezaremos a trabajar en el caso —continuó el sargento Doras, con determinación.

—Le ayudaremos en lo que haga falta, de eso no se preocupe —el Sr. Abrera miró a su mujer. Se había quedado muda, como si la intranquilidad no le permitiese decir nada.

—Les mantendremos informados de todo lo que averigüemos. De momento, nos gustaría ir al apartamento don-

de vive Ana, con ustedes presente, si es posible.

Acompañó a los Sres Abrera a la puerta e intentó tranquilizarlos de nuevo. Después llamó a Ricardo Sánchez, su hombre de confianza. Ricardo, caporal de uno de los grupos de Investigación de la comisaría y un buen compañero de trabajo, se había incorporado a la división hacía dos años. Era más joven que él, 35 años en contra de sus 50, las compañeras de la oficina lo consideraban bien parecido y estaba en buena forma física.

Ricardo se levantó enseguida y se dirigió al despacho del sargento, como si agradeciese la interrupción y la oportunidad de descansar un rato. La cantidad de carpetas e informes sobre su mesa indicaban que tenía mucho papeleo por gestionar.

—¿Te acuerdas de la chica de 24 años que desapareció hace 4 años? —preguntó el sargento Doras sin más, cuando el joven policía apareció en el umbral de la puerta.

—Marta Bordas. Lo investigaron Julio y Fernando —contestó, refiriéndose a los agentes Francés y Comas.

—Exacto. Pues tenemos otra posible desaparecida, Ana Abrera, de 28 años. Acabo de hablar con sus padres. También es guapa y de buena posición. Estaría bien ir a su apartamento y preguntar por la oficina donde trabaja.

—¿Crees que tiene relación? —preguntó Ricardo Sánchez, levantando las cejas. —Es demasiado pronto para afirmar eso, me temo. No tenemos datos que lo confirmen.

—No digo que tenga relación. Digo que vale la pena investigarlo. Si las dos desapariciones tienen algo que ver, lo veremos más tarde. He quedado en 15 minutos con los padres en el piso donde vive.

—Está bien, te acompaño —dijo al fin—. Voy a buscar el expediente de Marta Bordas y voy a preguntar a Julio y Fernando qué recuerdan del caso, y lo leemos de camino.

---

El día en la oficina no había ido tan bien como esperaba. María había vendido casi de golpe tres de los mejores chalets de la zona más cotizada de la ciudad, algo muy difícil de superar. Había tenido un muy buen mes de ventas y había superado con creces a sus compañeros. Le había arrebatado el trono al mejor vendedor. Ante ella se lo había tomado con resignación e incluso con humor, pero en el fondo estaba muy disgustado y molesto. Esa mañana se había sentido ridiculizado, y del buen humor con el que había empezado el día había pasado en poco tiempo a sentir ese malestar profundo y esa angustia que lo invadía cada cierto tiempo.

Ahora estaban en el Ocean's, el pub donde solían ir muchos viernes a última hora o cuando tenían que celebrar algo. Con su pinta en la mano reía las bromas de María y Sara, como si de verdad le hiciesen gracia y estuviera a gusto en su compañía. Pero no soportaba ese local. La oscura madera de la barra y del mobiliario, y la apagada iluminación que salía de los apliques de la pared, lo hacían sentir incómodo. Le molestaban los pequeños espejos enmarcados como cuadros colgados por todas partes, donde uno podía verse reflejado tras la marca de cerveza o whisky impresa en el centro. No le gustaba como se veía, con su ya evidente calvicie, la sombra permanente de la barba, que por más que se afeitase volvía a salir en unas horas, su blanca tez y sus finos labios. A veces se imaginaba que se levantaba y arrancaba de la pared cada uno de esos espejos publicitarios, y los lanzaba a la cara de todos los tíos guaperas que sonreían y pasaban por su lado. No podía soportar el aire de seguridad y chulería con el que miraban a María y al resto de chicas guapas del bar.

Estaba deseando volver a casa, ducharse y ponerse ropa limpia. Tenía ganas de abrir una botella de vino y, sobreto-